

extrañeza hemos de decir que el pueblo americano lo es, y de los de primera fuerza, un pueblo ideólogo ó que se sienta en posesión de una verdad, ó que crea que su idea ha de hacer la felicidad del mundo, es un pueblo pacífico, amigo de los hombres y de la humanidad. En Francia puede estudiarse mejor este sentido por ser un pueblo más expansivo; en los primeros días de la revolución es llamado Marat el amigo del género humano. Francia abre las puertas de sus Asambleas á cuantos han contribuido al triunfo de la revolución, al prusiano Cloomer lo mismo que al anglo-americano Paine. Francia dejó de ser un pueblo pacífico, es cierto, pero si al ser vencida no se hubiese tocado á los pueblos, y hubiese persistido en el sentido político de la revolución, Francia hubiese representado en Europa la idea liberal, y fiel á ella hubiese restablecido la paz y la concordia entre todos los pueblos, en vez de convertir á Europa entera en una vasta hoguera capaz de consumir los grandes principios de la revolución americana. Cuando Francia se defendía contra toda Europa, cuando vencía en Jemmapes y Valmy, hablaba al mundo en nombre de los derechos del hombre, en nombre de los derechos de la humanidad; cuando Francia pasó á ser agresiva, sólo habla al mundo en nombre de los intereses de la gran Nación, en nombre de los intereses de Francia, vinculados en los de la familia Bonaparte. Ceguedad incomprendible en los contemporáneos de Voltaire y Rousseau, en los contemporáneos de Washington, más inexplicable aún, en los que habiendo juzgado por la experiencia de su funesto error, dejaron que nuevamente la funesta familia de los liberticidas volvieran á sumir á Europa en una nueva época de retroceso y de barbarie, á levantar de su tumba la idea sacrílega é infecunda del Congreso de Viena, de la Santa Alianza, de que la fuerza tiene la primacía sobre el derecho. Por esto se ha llegado en Europa á desconfiar de Francia.

Nótese, pues, cuidadosamente, el paso de Francia humanitaria ó conquistadora y guerrera, véase como la fuerza en el primer período no es más que el escudo del derecho; véase como en la segunda tiene la primacía sobre el derecho, y cómo reemplaza al ramo de oliva de los héroes de los ejércitos de Hoche y Augereau, la espada de los sangrientos héroes de las guerras napoleónicas.

En Norte América no hay esta transición, porque tampoco hay traición á su idea histórica, á su misión providencial diría Washington; en América no ha tenido, ni tendrá su Bonaparte por la sencilla razón de que hay un pueblo que tiene fe absoluta en

el principio de su política. Los que á la voz del Nazareno partieron á predicar la paz entre los hombres, no necesitaron de un ejército para realizar su misión; tenían fe en su idea, tenían fe en su misión, y su fe les hizo redimir un mundo; los americanos tenían también fe en su idea, y esa idea, para triunfar, no necesitaba de otra fuerza que la de su mismo principio. Persistieron en su fe cuando Francia les amenazaba, cuando se envolvía en un común descrédito la bandera de Washington y la de Napoleón, cuando Inglaterra destruía sus ciudades y arruinaba su naciente comercio.

Así cuando Europa arrojó de su seno al mercader de honras, cuando se creyeron sus reyes de derecho divino que al fin podrían reanudar su antiguo sistema, notaron con espanto que al otro lado de los mares había nacido un coloso invulnerable. Quisieron entonces atacarlo, más sintieron heridos por sus mismos dardos, pues eran como los de los partos que herían á los que los arrojaban, y como en los días de las guerras púnicas, el patriotismo fanático de un hombre ilustre, gritaba á los ensoberbecidos soldados de Wellington y de Blücher, *Delenda est America*.

Chateaubriand fué el primero que en Europa señaló la influencia pacífica de la idea americana:

«De hoy más en adelante,—decía,—los destinos de la sociedad cristiana no se debatirán entre Francia, Austria, Prusia, Rusia é Inglaterra. La diplomacia, el principio de los tratados de comercio y de alianza, el derecho político, van á reconstituirse sobre nuevas bases. Los antiguos nombres, los antiguos recuerdos pierden también su autoridad en medio de las nuevas generaciones, en medio de las pueriles esperanzas de un Universo que se forma bajo otras ideas...» «¿Qué era necesario hacer para librar á Europa de la invasión de la soberanía del pueblo, para evitar la lucha entre repúblicas en la fuerza de su edad y las monarquías debilitadas por el tiempo y las revoluciones? Era necesario favorecer cuanto se pudiera el establecimiento en América de las monarquías constitucionales.»

*
* * *

Los viejos diplomáticos europeos, los que creyeron en 1815 restaurar el antiguo régimen, estuvieron á punto de secundar los deseos de Chateaubriand y lanzar contra América á la coalición triunfante en Waterloo. El peligro fué inminente, y claro está que si en esta peligrosa ocasión hubiesen los Estados-Unidos en interés propio abandonado su

puesto, no sólo las jóvenes repúblicas de la América del Sud, sino la que ya se ofrecía á Europa como un modelo hubieran desaparecido, porque solo se sostienen los pueblos en cuanto permanecen fieles á su idea histórica, pues no desaparecen sino cuando torciendo su vocación se entregan ciegamente á la ventura; así á Chateaubriand contestó Monroe.

Escritores distinguidos han dicho que lo que ha dado en llamarse «doctrina de Monroe» marca un nuevo rumbo, una segunda etapa en la política americana. Nosotros queremos creer en su honor que no se han dado esos escritores políticos en ocasión alguna idea de lo que es la política americana. El pueblo americano, y hay que repetirlo hasta la sa-



La campana de la libertad en Filadelfia

ciudad, no ha tenido, y hoy día no tiene más idea política que la de propagar la libertad entre todos los hombres y por toda la tierra; cada día la bronco voz de Filadelfia se lo dice al mundo entero. Esa misión es la que creen los americanos providencial. Partiendo, pues, de este principio político, ¿en qué disiente la política de Washington de la política de Monroe? ¿Por qué se ha tildado de belicosa la política del quinto Presidente? Veamos esta doctrina que tanta oposición ha encontrado en Europa, y que de un modo tan entusiasta acogió toda América.

Dijo Monroe en su séptimo mensaje anual al Congreso de los Estados-Unidos:

«Los ciudadanos de los Estados-Unidos desean sinceramente la dicha y la libertad de sus compañeros del otro lado del Atlántico; y si en las guerras

de las potencias europeas no les han prestado auxilio es porque nuestra política no nos permite hacerlo; sólo cuando nuestros derechos están seriamente amenazados nos preparamos á la defensa. El sistema político de las potencias aliadas es esencialmente distinto en este punto del de América, y la diferencia procede de la que existe en sus respectivos gobiernos. A la defensa del nuestro, cuya organización tanta sangre ha costado, tantos tesoros, y los esfuerzos de nuestros más ilustres ciudadanos, es á lo que se consagra hoy principalmente toda la Nación, pues bajo el sistema que nos rige disfrutamos de un envidiable bienestar. En consideración, pues, á las amistosas relaciones que existen entre los Estados Unidos y esas potencias, *debemos declarar que considerariamos toda tentativa de su parte que tuviera*

por objeto extender su sistema á este hemisferio, como un verdadero pelizro para nuestra paz y tranquilidad. Con las colonias existentes ó posesiones de cualquiera nación europea, no hemos intervenido nunca ni lo haremos tampoco en lo sucesivo; pero tratándose de los gobiernos que han declarado y mantenido su independencia, la cual respetamos siempre porque está conforme con nuestros principios, no podríamos menos de considerar como una tendencia hostil hacia los Estados-Unidos toda intervención extranjera que tuviese por objeto la opresión de aquél...» «La política que para con Europa nos pareció oportuna

adoptar desde el principio de las guerras en aquella parte del globo sigue siendo la misma que se reduce á no intervenir en las cuestiones de ninguna nación y á considerar todo gobierno de hecho como un gobierno legítimo...» «Pero tratándose de estos Continentes las circunstancias son muy distintas; no es posible que las potencias aliadas extiendan su sistema político á ninguno de aquéllos, sin poner en peligro nuestra paz y bienestar, ni es de creer tampoco que nuestros hermanos del Sud quieran adoptarla por su propio consentimiento, prescindiendo de que no veríamos con indiferencia semejante intervención.»



JAMES MONROE

La síntesis de esta política es la que se dió al otro día de publicarse el mensaje de Monroe, *América es de los americanos*; francamente no comprendemos cómo los escritores europeos realistas han podido escandalizarse de esta doctrina; ¿qué dirían si en los Estados-Unidos se dijera que Europa es de los americanos ó del primer ocupante?

La política de no intervención, á la que nunca ha faltado el pueblo americano, y que no ha admitido Europa hasta estos últimos tiempos, es esencialmente democrática, es contraria á los intereses dinásticos y realistas, pero es sabia, justa, humana, prudente. A los pueblos se les debe dejar en entera libertad en sus asuntos interiores, este es su derecho; á ellos se debe dejar la responsabilidad ante la historia si no saben vivir la vida de los pueblos cultos y civilizados, la vida de la libertad. La intervención extranjera es igualmente abominable, así cuan-

do se pone al servicio del privilegio como cuando sirve los intereses populares; los pueblos que la solicitan ó la sufren, se encuentran en situación análoga á la de un hombre que poseído de un vértigo estuviera al borde de un abismo.

La política de no intervención ha salvado á América y ha permitido á los pueblos de Europa reivindicar sus derechos; el pueblo que no sabe defenderlos, conservarlos ó conquistarlos, no merece ocupar un lugar en la historia. El cosmopolitismo europeo no ha hallado nunca eco en la gran masa del pueblo americano; á este cosmopolitismo, que algunos llaman humanitarismo, en lo que hay manifiesto é intencionado error, América ha opuesto siempre el respeto á los derechos de las naciones á existir y gobernarse como mejor lo entendieran; esta línea de conducta es la que se ha calificado de egoística.

El egoísmo de los pueblos anglo-sajones, el egois-

mo de los anglo-americanos es un lugar común de los escritores europeos. Sin embargo, el pueblo americano tiene dicho que no sería indiferente á la intervención de otros Estados en los asuntos de América ó al restablecimiento de la idea monárquica. Nadie se ha fijado en este hecho; los que lo han notado ha sido sólo para calificar de conquistadora y de soberbia la política de Monroe, nadie ha reparado en lo que puede haber de contradictorio en la política de no intervención.

No dice el pueblo de los Estados-Unidos que le sea indiferente lo que pasa en Méjico, ó en las orillas del Amazonas ó del Plata, y no dice esto porque el principio de su política, la idea que tiene de

su misión ó de su destino, le lleva á considerar á América como el foco de luz y de calor que ha de alumbrar y regenerar á los hombres del viejo mundo, debilitados por sus respectivos y constantes esfuerzos en favor del progreso y de la civilización humana. Cuando Chateaubriand llamaba á la Santa Alianza á una nueva cruzada contra el espíritu de la soberanía popular, hacía eso en nombre de los intereses de la casa de Borbón, ó de otra dinastía europea cualquiera, pero principalmente lo hacía en nombre de la idea ó principio monárquico ó realista que juzgaba como la última y más acabada manifestación del espíritu político europeo.

Dentro de su opinión era lógico Chateaubriand,



Charleston en 1780

el Nuevo mundo de ideas que aparecía al otro lado del Atlántico cuando se restauraba en Europa el mundo viejo que había destruído para siempre la Revolución, era un peligro real, inminente; la idea de intervención era, pues, una idea lógica, y no creemos equivocarnos si decimos que no se realizó por falta de convencimiento, sino por falta de valor ó de audacia. Lo que acabamos de decir parece censurar el principio de no intervención, pero si hemos llamado idea lógica la de Chateaubriand en querer intervenir en los asuntos de América ¿cómo no calificar de egoista ó de irreflexible la idea americana de no intervención? Aquí hay que distinguir que nosotros partimos del modo de ver propio y particular del eminente escritor francés, no de un orden más elevado de ideas, que no tenemos á sus ideas por rectas, sanas y justas, aunque recta, sana y justa sea su política como propia de su sentido. Esta distinción raras veces ha sabido hacerla la diplomacia eu-

ropea ó sus hombres de Estado; en América se estableció desde los primeros días de la gran República.

Además, en América, la política de intervención en los casos previstos por Monroe tiene un alto y manifiesto sentido, porque en América hay una idea política, la idea democrática. ¿Tiene Europa una idea, un credo, un ideal político, la idea democrática ha reemplazado ya á la idea realista? ¿qué tiene de común la democracia aristocrática de Inglaterra con la democracia autoritaria de Francia, ó la democracia revolucionaria de España, ó la democracia socialista de Alemania, ó la democracia burguesa y popular de Suiza? Y si en Europa hubiese como en América una idea que informase su espíritu, ¿habría guerras de intervención? Nosotros rogamos á los que esto lean, que no confundan la intervención con la alianza; las guerras de Napoleón tuvieron siempre gran carácter de intervención, en muchos